

La Virtud de la Pobreza I

Lourdes Pinto

11/2/20

En este día de la fiesta de Nuestra Señora de Lourdes, consagramos esta enseñanza sobre la virtud de la pobreza a nuestra Santísima Madre al comenzar nuestro Retiro de Cuaresma como comunidad.

El Señor terminó con esta frase, un mensaje que nos dio en el 2011:

*La **pobreza** engendra **castidad** y la castidad produce **obediencia**, que es la esencia del amor.*
(Camino Sencillo #66, p. 204)

En otra ocasión, el Señor pronunció estas palabras:

Mis caminos no son los caminos del mundo. Meditad en Mi vida y la vida de la Sagrada Familia. Fuimos ricos en las gracias de ABBA nuestro Padre, pero siempre pobres en las cosas de este mundo. No podéis aspirar en vuestro corazón a ambos, por eso para seguirme debéis dejarlo todo. Debéis aspirar a ser pobres en el mundo y ricos en virtud.
14/1/21

Comencemos nuestra reflexión con una meditación sobre la parábola del «hombre rico necio» (Lucas 12, 13-21). El Señor comienza el relato del Evangelio diciendo: *Mirad: guardaos de toda clase de codicia. Pues, aunque uno ande sobrado, su vida no depende de sus bienes* (12, 15). Después, el Señor continúa relatando la historia del hombre rico que, con gran confianza, decide construir un granero más grande para asegurarse las riquezas de su abundante cosecha. Dice: *Así es el que atesora para sí y no es rico ante Dios* (12, 21). Al final de la parábola, el Señor dice: *Necio* (12, 20), porque esa noche su vida estaba siendo reclamada. Debemos preguntarnos: ¿de qué sirvió al final todo ese almacenamiento? Que esta sea nuestra meditación conforme crecemos en la virtud de la pobreza. El enfoque de esta parábola del Señor no estaba en lo que el hombre almacenaba, sino en lo que hay en nuestros corazones.

Quisiera comenzar con un ejemplo de la vida de San Alfonso María de Liguori. En 1763-1764, hubo una terrible hambruna en Italia. San Alfonso sabía que el Señor enviaría una hambruna, un tiempo de tribulación para el pueblo porque se habían alejado mucho de Dios. Mientras leía esta historia, no pude evitar ver las similitudes con lo que estamos viviendo ahora con la pandemia de Covid. Así que, ¿qué hizo San Alfonso, que era obispo? Empezó a advertir a la gente, profetizando: «Cuidado con los que vivís solo para el placer sensual y voluptuoso; Dios os castigará con la hambruna». Ya que era un verdadero pastor, empezó a advertir a su pueblo para que se arrepintieran y volvieran sus ojos y su corazón a Dios. Pero las personas vivían en la abundancia y no prestaron atención a las palabras de Alfonso. Al final, llegó la terrible hambruna que él había profetizado. Lo interesante es lo que hizo San Alfonso al prever la terrible hambruna que se avecinaba: comenzó a almacenar provisiones en sus despensas. En apariencia, hizo lo mismo que el joven rico, pero con una gran diferencia: la intención de su corazón.

Cuando llegó la hambruna, mucha gente estaba hambrienta; incluso aquellos que habían vivido en la abundancia se estaban muriendo de hambre. En solo un año, en esa pequeña zona de Italia, murieron 300,000 personas. Así que, cuando llegó la hambruna, San Alfonso abrió sus despensas y comenzó a distribuir todas sus provisiones y alimentos a las personas hambrientas. Dio todo hasta que no quedó ningún alimento. Luego vendió su reloj, su carruaje e incluso su caballo. Su personal se quejó: «No puedes regalarlo todo; ¡eres el obispo! Un hombre de tu talla necesita estas cosas». Él dijo: «¡Por supuesto que no!». Tomaba un poco de sopa y un poco de carne hervida cada día para poder dar el resto a la gente hambrienta.

Aquí, vemos dos almas diferentes; la primera, el rico necio de la parábola, acumulaba solo para sí mismo. Su corazón no vivía para desear a Dios. La segunda, San Alfonso, por otro lado, era todo lo contrario. Su corazón, ante todo, buscaba a Dios y trataba de ser rico en virtud. Pensé en estos tiempos que estamos viviendo. Muchos han escuchado las profecías, son conscientes de los tiempos en los que hemos entrado y se sienten llamados a almacenar provisiones. ¿Hay algo malo en ello? ¡Por supuesto que no! Debemos preguntarnos: «¿Estoy lo suficientemente desapegado como para estar dispuesto a compartir lo que he almacenado con quien pueda estar necesitado en ese momento?». ¿Han crecido nuestros corazones, los vuestros y el mío, lo suficiente en amor y caridad como para estar dispuestos a sacrificarnos, dando todo lo que tenemos a los demás únicamente por amor? En la respuesta a eso radica la verdadera diferencia.

El Catecismo de la Iglesia Católica afirma:

El Señor se lamenta de los ricos porque encuentran su consuelo en la abundancia de bienes “El orgulloso busca el poder terreno, mientras el pobre en espíritu busca el Reino de los cielos”. El abandono en la providencia del Padre del cielo libera de la inquietud por el mañana. La confianza en Dios dispone a la bienaventuranza de los pobres: ellos verán a Dios.

Cuando volví a escuchar la enseñanza que tuvimos sobre la pobreza en el 2018, basada en la parábola del «joven rico» que se encuentra en el Evangelio de San Lucas, descubrí la correlación entre el crecimiento en el espíritu de pobreza y la CONFIANZA. Comprendí cómo el Espíritu Santo nos ha estado formando, enriqueciéndonos en las virtudes de la humildad, la fe y la pureza, y ahora nos lleva de vuelta a la pobreza. Quiero centrarme de nuevo en la pobreza, pero esta vez quiero centrarme en el Sagrado Corazón de Jesús y en los deseos de nuestros corazones.

Si seguimos leyendo el Evangelio de San Lucas, nos habla mucho de la ansiedad y el miedo (Lucas 12, 22-31). El Señor nos dice: *¡hombres de poca fe! no andéis buscando qué vais a comer o qué vais a beber, ni estéis preocupados* (v. 28-29). Y dice después: *vuestro Padre sabe que tenéis necesidad de ellas. Buscad más bien su reino, y lo demás se os dará por añadidura.* (v.30-31). Nuestro crecimiento en la pobreza puede medirse en la medida del deseo de nuestro corazón de buscar cada vez más sólo a Dios, aspirando a la unión con Dios, aspirando a ser ricos en virtud, no en las cosas del mundo, ése es el crecimiento adecuado en la pobreza. El Señor prosigue diciendo: *Vended vuestros bienes y dad limosna; haceos bolsas que no se estropeen, y un tesoro inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni*

roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro, allí estará también vuestro corazón (v.33-34)

No podemos crecer en pobreza si sólo pensamos en dar limosna. Si alguien da limosna ayudando a una misión en África, ayudando a los huérfanos, ayudando a un convento o ayudando a los presos, todo eso es maravilloso e importante. Sin embargo, existe el peligro de caer en la trampa de sentirnos bien con nosotros mismos. Es como si tuviéramos una pequeña lista de verificación con Dios: «¡Mira todas las cosas buenas que he hecho!». Si hago todas esas cosas y no estoy muriendo a mí mismo, muriendo a mi ego, muriendo a mis deseos desordenados, puede haber una falta de pureza incluso en mi limosna si todavía queda mucho de mí mismo en mí. Esto limita nuestra capacidad de profundizar en la virtud de la pobreza.

En el Evangelio de San Lucas, el Señor nos da varios ejemplos de caridad al dar limosna. En el capítulo 8, encontramos a varias mujeres ricas, como Juana, la mujer de Cusa, el administrador de Herodes, y Susana. Eran discípulas ricas de Cristo. Estas mujeres viajaban con el Señor y apoyaban económicamente la misión de Jesús. Él vio la intención de sus corazones en su generosidad y las honró. El Señor no espera que dejemos todo atrás y nos quedemos sin medios económicos en la tierra; eso no es lo que dice el Señor.

En otro ejemplo del Evangelio, vemos al Señor reprendiendo a los fariseos por sus limosnas, diciendo: *¡Ay de vosotros, fariseos, que pagáis el diezmo de la hierbabuena, de la ruda y de toda clase de hortalizas, mientras pasáis por alto el derecho y el amor de Dios! Esto es lo que había que practicar, sin descuidar aquello.* (Lucas 11, 42). Vio cómo su diezmo era para cumplir la ley, mientras que en sus corazones les faltaba amor, estaban llenos de orgullo y arrogancia.

Años atrás, San José María Escrivá fue entrevistado sobre la virtud de la pobreza. Dijo, “La verdadera pobreza debe ser expresión de fe en Dios y signo de que el corazón no se satisface con las cosas creadas y aspira al Creador; que quiere llenarse del amor de Dios para poder dar este mismo amor a todos”.

Vemos cómo nuestro enfoque en los deseos del corazón se convierte en un medio para crecer en la pobreza. Estas próximas semanas, nos centraremos en una enseñanza de Nuestro Señor de 2018 llamada la «Misión de los 12». Esta noche, la atención se centrará en estas dos frases:

Un alma víctima debe fijar sus ojos en Cristo, debe desear con todo su ser hacerse uno con su Maestro, debe estar dispuesta a aprender de Él e imitarlo. Debe estar dispuesta a luchar contra todos sus deseos desordenados. 30/1/18

He aquí algunas preguntas sobre las que reflexionar:

1. ¿Realmente deseo con toda mi alma ser uno con mi Maestro, uno con el Amor crucificado?
2. ¿Qué otros deseos de mi corazón se interponen en el camino de este primer deseo?

Comunidad mía, es tan fácil engañarnos a nosotros mismos. Es tan fácil decir que no estoy apegada a las cosas del mundo. El otro día, empecé a hacer una lista, tal como les pido que hagan ustedes. Empecé a escribir todos los deseos de mi corazón. Descubrí que tenía muchos deseos buenos, pero también vi lo apegada que estaba a ciertas comodidades. Me puse a pensar, me gusta mi almohada, mi colchón cómodo, y muchas otras cosas. Honestamente, con el Señor, tuve que reírme con Él de mí misma. Es tan hermoso cuando podemos reírnos de nosotros mismos, ser transparentes y descubrirnos ante nuestro amado Jesucristo, porque es entonces cuando Él puede hacer maravillas con nosotros. ¡A Él le encanta!

Hoy he hablado con una persona en acompañamiento, y ella ha sido tan real y transparente incluso mientras me contaba cosas muy profundas. Me dieron ganas de abrazarla. Escuchar a una persona tan real, transparente y honesta fue muy reconfortante para mi alma. La miré y le dije: «Si te quiero tanto debido a tu transparencia, sólo puedo imaginar el deleite de Nuestra Santísima Madre y de Nuestro Señor, lo encantados que están de escucharte». Así es como nos quiere el Señor.

La mortificación de las pasiones de nuestra carne no basta por sí sola. El deseo de mortificar nuestros deseos desordenados es obra del Espíritu Santo en nuestros corazones, despertando el deseo de crecer en santidad. Mortificar nuestras pasiones es un proceso bueno y esencial, pero debemos ir más profundo y purificar nuestros corazones para alcanzar el amor puro. Nuestros deseos han de ser purificados en el fuego del Sagrado Corazón de Jesús, hasta que nuestros deseos sean uno con los Suyos: el deseo ardiente por la Cruz, únicamente por amor a Dios y por la salvación de las almas. En este único deseo -la Cruz- está la perfección de todas las virtudes, porque hay amor puro. Jesucristo en San Lucas habla de este deseo ardiente; dice: *He venido a prender fuego a la tierra, ¡y cuánto deseo que ya esté ardiendo! Con un bautismo tengo que ser bautizado, ¡y qué angustia sufro hasta que se cumpla!* (Lucas 12, 49-50). Jesús está hablando de Su muerte en la Cruz, Su oblación total, el fuego.

Permítanme darles otro ejemplo de esta purificación del deseo. A lo largo de los años, he hablado con muchos miembros de la comunidad y les he oído decir que Dios les ha movido a vivir cerca de sus padres. He tenido el honor de caminar con algunas de estas almas durante esta transición, en la que Dios les ha colocado cerca de la familia a la que les cuesta querer, incluyendo madres y padres con los que era muy difícil llevarse bien. Hace poco hablé con una mujer y me dijo: «Sé por qué el Señor me ha trasladado aquí, porque necesito crecer para aprender a ser capaz de amar a mis padres». La verdad es que hay almas en nuestras vidas, en nuestras familias, con las que es muy difícil llevarse bien. ¿Por qué? Porque están tan rotas. Están tan heridas. Son familias disfuncionales que viven tan oprimidas. Viven con ira, odio, dureza de corazón, aspereza, gritos constantes, críticas y manipulación. Es un reto para la mayoría de nosotros estar cerca de eso. Y, sin embargo, el Señor tiene que purificar nuestros deseos. Tiene que purificarnos. Se trata de crecer en pobreza. Tenemos que vaciarnos de todo nuestro resentimiento, ira y expectativas respecto a los que amamos.

¿Qué significa desear únicamente la Cruz? Significa que amo a mi madre y a mi padre, a mi esposo o esposa, a mi hijo, a mi abuela o abuelo disfuncionales... tanto, que estoy dispuesta a

recibir sus desórdenes y sus opresiones y sufrirlos en Cristo, únicamente por la salvación de sus almas. Le pregunté a esta mujer: «¿Te das cuenta, hermana mía, de que Dios te acercó a tus padres para que puedas ayudar en la salvación de sus almas?». Esto no significa necesariamente que tengas que vivir cerca; pueden estar en diferentes estados, no importa dónde estén; siguen siendo tus padres, y sigues teniendo que lidiar con ellos. Amar no significa convertirse en un felpudo. Amar y desear la Cruz requiere también saber poner límites. Eso significa que puedes decir «no», pero siempre con respeto y honor. Vemos cómo el Señor, que es todo amor, a menudo se enfrentaba a la oscuridad y a la opresión de los fariseos con la verdad. Eso es amor.

En la segunda reflexión de nuestro retiro del 2020, nos centramos en nuestros deseos, capítulo cuatro del Camino Sencillo. En él se afirma que *la purificación de tus deseos es la primera etapa de purificación en Mi Sagrado Corazón. Comienzas a actuar solo de acuerdo a Mis deseos y no los tuyos.* (Camino Sencillo # 63, p.187). Esto está completamente relacionado con el crecimiento en la virtud de la pobreza. Ya no haces lo que quieres hacer. Puede que quiera comprarme otro par de zapatos. Ése es el deseo de la carne, pero sé que ésa no es la voluntad del Señor, así que estoy dispuesta a negarme a mí misma para vivir en Su voluntad. El Señor, en el capítulo 4 del Camino, nos lleva a una comprensión más profunda de la virtud de la pobreza en conexión con la purificación del primer clavo: nuestros deseos. Van de la mano. Como nos dice el Señor, *Ya no haces lo que quieres hacer, ni vas a donde quieres ir, sino que ahora solo vas a donde Yo te llevo. Eliges vivir cada día según lo que es más difícil, y no lo que es más fácil. Esto requerirá una mayor disciplina de tu voluntad, un mayor silencio y quietud del alma en Mí.* (Camino Sencillo, # 63).

Tarea:

1. Tan honesto como puedas ser, escribe los deseos de tu corazón.
2. Medita cada día el capítulo 12 de San Lucas. Medítalo despacio, profundizando en la virtud de la pobreza.
3. Utilicen nuestro «Examen de conciencia del amor» para preparar y entrar en sus corazones. El examen se puede encontrar en la página web bajo el encabezamiento "comunidad " y luego bajo "oraciones." Es un poderoso examen de conciencia. Reflexionen y permanezcan con cada pregunta durante algún tiempo, permitiéndose entrar en su profundidad. Nuestro hermano Héctor me contó una vez lo poderoso que fue para él este examen. Dijo que se había planteado una pregunta en su examen de conciencia, ¡y el Señor le tuvo durante semanas con esa pregunta!